

10-Mayo-1943

COSAS DE AMERICALas yeguas

Sabido es que tanto los criollos chilenos como los argentinos, especialmente los de las clases campesinas, manifestaron siempre un absoluto desprecio por la yegua como animal de montura. Montar yegua era, tanto para un gaucho como para un huaso, algo que rebajaba su dignidad de hombres, afeminándolos. Este hecho, inexplicable en sí, ya que una yegua es tan animal de montura como un caballo, tiene una explicación muy sencilla: los españoles, que introdujeron en América del Sur los primeros caballos, deseosos de que el ganado caballar prosperara rápidamente, prohibieron que se cabalgaran las yeguas, ^y lograron esto gracias al ridículo que hacían de los que las cabalgaban. Con los años, un hombre de campo y aun de ciudad, prefería andar a pie o montar cualquier caballo, por viejo o malo que fuese, antes de cabalgar una yegua.

El caballero francés Gabriel Lafond du Lucy, capitán de marina y después comerciante y minero, que recorrió Chile a fines del segundo y principios del tercer decenio del siglo pasado, cuenta que compró en Santiago, por el precio de veinticinco pesos, una yegua de hermosa planta, sin un defecto, ágil como una cabra y tan diestra como el mejor caballo árabe. Un caballo de iguales condiciones le habría costado ocho veces más. Invitado a un paseo campestre, montó su yegua, pero al llegar al fundo en que debía celebrarse la fiesta, fué sorprendido por un niño que gritó, con tono despectivo y burlón, mientras le señalaba con el dedo:

--¡Va montando una yeguaaaaa...!

Se reunió alrededor de su animal una cantidad de gente del fundo, y el capitán, ante el temor de que a las burlas siguieran las piedras, hubo de desmontar. Después de almuerzo, y mientras sus compañeros se entregaban a la sagrada siesta, un capataz del fundo le invitó a visitar a media legua de distancia, un lugar en donde en esos momentos se realizaban algunas interesantes faenas campestres. Aceptó el capitán y se dirigieron allá por

un camino que no era más que una infernal huella mulera, llena de escabrosidades y rodeada de precipicios (seguramente marchaban por las faldas del San Cristóbal, pues iban en dirección a El Salto). Como la yegua del capitán no perdiera pisada al caballo del capataz, el huaso, asombrado, exclamaba a cada rato:

--¡Caray, qué yegua!

--¿Por qué no monta usted una igual? -- le preguntó el francés.

--Dios me libre, señor -- replicó el huaso--. Ningún peón me obedecería, todos se burlarían de mí y tendría que agarrarme a puñaladas con cuatro o cinco, por lo menos.

De vuelta a Valparaíso, el capitán regaló la yegua a un amigo que no la montó sino dos o tres veces: una día que pasaba por el Almendral los chiquillos lo persiguieron a peñascazos.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©